



## EL EMPERADOR DEL RENACIMIENTO

Por MANUEL MANRIQUE DE LARA Y VELASCO

Miembro de Número del Instituto Luis de Salazar y Castro del CSIC.

Hace unos años publiqué un trabajo en *Hidalguía* que titulé: «Aquisgrán, capital honoraria de la nobleza europea» Aquisgrán, arranque del imperio Carolingio, cuyo protagonista fue Carlomagno, nacido en un lugar del viejo continente entre los años 742 a 746. Nunca se ha sabido el lugar exacto del nacimiento del inventor de Europa, hijo de Pipino el Breve y nieto de Carlos Martel. Aquisgrán, antigua población romana, rodeada de un valle, estaba llamada a ser la capital del SACRO IMPERIO GERMANICO. Un famoso balneario tenía Aquisgrán que mitigó los dolores de los que adolecía Carlomagno cuando era víctima de la gota mientras disputaba a los sajones la cuenca del Wesser.

Cuando Carlomagno muere es enterrado en la catedral de Aquisgrán. La ciudad ya no puede seguir vestida de romana después de haber sido víctima de los intentos de destrucción originados por grandes incendios. Ciertamente es que ha superado estas vicisitudes y sobrevivido sin perder su personalidad carolingia. La catedral de Aquisgrán guarda cierto paralelismo de desarrollo con la *marca europea*. Evolucionó con el tiempo, cuando era una pequeña capilla y creció hasta convertirse en el gran templo, capaz de rivalizar con su homónima, la de Co-



MANUEL MANRIQUE DE LARA Y VELASCO

lonia. La primitiva capilla comenzó a construirse en el año 796 y fue consagrada por el Papa León III. Los restos de Carlomagno se custodian en un arca de plata. Otro importante enterramiento en esta catedral es el de Otón III. La catedral tiene grandes tesoros. Aquisgrán llegó a tener más de cuarenta iglesias, de las que destacan: San Pablo, San Firilán, San Nicolás y San Adalberto. Antes del terrible incendio de 1656 tenía Aquisgrán unos 200.000 habitantes. Después de Colonia era la ciudad más poblada de la Renania. El palacio de Carlomagno se hallaba en el lugar que ocupa hoy el Ayuntamiento de la ciudad. Un edificio gótico del siglo XIV.

#### TRES ASPIRANTES A EMPERADORES

En el siglo XVI se sigue la vieja fórmula para la elección de los emperadores legislada a partir del año 1356. Se llamó «La Bula de Oro», que estrenó Carlos IV. Según ésta, los electores deben ser siete: cuatro seculares y tres eclesiásticos. Los primeros son en este tiempo el Rey de Bohemia, el Conde Palatino del Rin, el Marqués de Brandeburgo y el Duque de Sajonia y los segundos los Arzobispos de Colonia, Tréveris y Maguncia. Los tres aspirantes a emperadores eran: el Habsburgo Carlos, el Valois Francisco y el Tudor Enrique. La *Idea supernacional europea*, como la llama el Conde de Keyserling al Sacro Romano Imperio Germánico, concebida por el cristianismo en la unión del Estado cristiano, se apoyaba sobre el axioma de iglesia y estado, son conjuntamente institución divina y se designan para guiar a los hombres, que por su propia imperfección son incapaces de hacerlos por ellos mismos. De este modo se clarifica la idea de que el Papa y el Emperador son, cada uno en su esfera, vicarios de Dios, siendo el Papa la cabeza espiritual de la cristiandad el Emperador la temporal. Un dragón heráldico con sus siete cabezas político-genealógicas.

El cuerpo alemán de electores no podía ser más complejo. Cada uno de ellos representa un interés individual del fijo feudalismo territorial. Al cabo de muchos días de negociaciones



cerraron el acuerdo con el voto en contra del Marqués de Brandeburgo. Precisamente el voto más seguro para el Rey de España y sorpresa para el aspirante y sobre todo para su tía Margarita de Austria que llevó de su mano la campaña electoral de su sobrino.

En principio *las encuestas* favorecían al francés en la posibilidad de ser el elegido. Sus agentes habían orquestado la propaganda con gran actividad. Llegaron a poner en práctica el soborno hacia aquellos miembros del cuerpo electoral que estuvieran más propicios a aceptar la candidatura francesa. Francisco garantizó que entre él y Carlos no había el menor conflicto personal. Según él, «El Imperio era la amante a la que ambos aspiraban, pudiendo ser rivales pero siempre amigos». El francés decía que no le guiaba la ambición en la campaña, luego añadía «que el fin es superior a los medios». En su programa decía que no le guiaba otro afán que el de facilitar la guerra contra el turco. Ante el embajador inglés, Tomás Bolena, fue más expeditivo cuando afirmó: «Antes de tres años después de ser elegido estaré en Constantinopla o moriré». Cuando esto dijo al agente de Enrique VIII ya estaba seguro de que su rival el Tudor era un enemigo menos a la hora de la elección.

Toda Alemania estaba plagada de agentes de Francisco. Hasta Polonia llegaron sus agentes disfrazados de peregrinos. El gran negociador del Rey de Francia fue Bonnivet. Éste estaba en Alemania dirigiendo personalmente la campaña. Diariamente escribía al Rey. Engañó a los Arzobispos, se escondió tras las tapicerías de la sala, donde cambiaban impresiones los electores con el delegado de Enrique VIII. Bonnivet, que carecía de escrúpulos, observaba encantado los efectos de intimidación que ejercía sobre los electores, abrumados por la amenaza de guerra. Este delegado francés, el mismo día de la coronación se hallaba en Frankfort espiando disfrazado con el nombre de capitán Jacob. Francisco, que se hallaba dispuesto a conseguir la elección a cualquier precio, se dispuso a gastar en ella tres millones de florines.

El mejor agente que Carlos tuvo para favorecer su elección fue su tía Margarita de Austria. En ésta concurrían dos circuns-



MANUEL MANRIQUE DE LARA Y VELASCO

tancias: ser miembro de la Casa de los Habsburgo y más aún, ser antifrancesa. Ante los acontecimientos, el Papa vacilaba. Pero Margarita se puso rápidamente en contacto con el Santo Padre, con el embajador inglés y con los quince mil suizos, que equilibraron en parte las amenazas francesas esgrimidas por Bonnivet. También visitó Margarita a Franz von Sickingen, caballero teutón, capitán de unas fuerzas mercenarias no muy numerosas pero muy aguerridas, que le prestó su apoyo. El mismo caballero cinco años más tarde moriría atravesado por una bala de cañón cuando se hallaba situado en su castillo de Ladstukl.

Las eficaces gestiones de Margarita hicieron que el papel del Rey francés descendiera bastante. Sólo el Arzobispo de Tréveris era voto seguro para el francés. Los demás electores que en tiempos de Maximiliano le habían ofrecido su voto en mejores condiciones que al Habsburgo y al Tudor, le volvieron la espalda. Sólo el prudente Federico de Sajonia había adoptado una postura neutral. Pero ante la actitud antifrancesa del Arzobispo de Maguncia, se adhirió a la mayoría. Tal fue la actividad de Margarita de Austria en la elección, que a lo largo de sus gestiones llegó a pasársele por la imaginación que su sobrino Carlos abandonaría la candidatura a causa de la gravedad de los acontecimientos internos de España. Le escribió a Carlos participándole estas noticias y que en caso de renunciar a la candidatura lo hiciera en favor de su hermano Fernando. Pero Carlos ya estaba decidido. Le contestó que de Fernando ya se ocuparía él más adelante y que el Imperio le pertenecía a él por derecho.

De las ochocientas mulas que en sacos de cuero portaban los cuatrocientos mil ducados para el soborno electoral llevara Bonnivet a Lorena, poco menos de la mitad regresaron a Francia. Este alarde de riqueza del Rey francés llevó al convencimiento y al ánimo de los electores para no elegirlo. Era demasiado peligroso. Y Bonnivet se quedó en Aquisgrán haciendo una cura de baños en espera de que se le pasara el mal humor a su Rey.

Las elecciones del 28 de junio fueron en principio sorprendentes, al ser elegido candidato el Duque Federico de Sajonia.



Pero éste, que conocía a sus clásicos, era realista. No se consideró con fuerza suficiente para sostener un Imperio tan complejo y tan invertebrado, por lo que propuso la candidatura del Rey de España. A fin de cuentas el Duque Federico hubiera sido juez y parte, como lector y como feudatario.

En ocasión de dar clase en nuestra querida Escuela de Nobiliaria, un alumno me preguntó por qué denominaban al Imperio Alemán en tiempos de Carlos V *El Primer Reich*. Le contesté que teníamos que hacer una larga matización de este asunto. Veamos: 1.º La gran fuerza del feudalismo centro-europeo, que tenía en el siglo XVI, era continuación de la época de Maximiliano. 2.º Que el Emperador elegido para unificar el complejo germánico tenía que arbitrar los intereses de todos y cada uno de los electores y tener la autoridad necesaria para imponerse en su condición de EMPERADOR DEL SACRO ROMANO IMPERIO GERMANICO, y controlar el Imperio desde el cetro de Rey de los Romanos.

Aunque todas las fórmulas de constitución de los estados tengan en cuanto a derecho puntos de contacto, al buscar comparaciones éstas tienen que ser de carácter ideológico, dentro de la política de cada situación. El caso del Segundo Reich es la integración de los diferentes estados alemanes en la idea de Von Bismarck, en la que se proclama al Emperador Guillermo I en Versalles el 18 de enero de 1871.

El Tercer Reich está demasiado cerca de nuestro tiempo, por lo que es bien conocido. La idea de Hitler en principio era la revancha de la derrota de la Gran Guerra de 1914 a 1918 y las condiciones impuestas a Alemania en el Tratado de Versalles. En ella Alemania perdió sus colonias en beneficio de los vencedores, por lo que Hitler intenta recuperarlas en el territorio europeo.

Tengo en mi poder un artículo de Don José María Pemán, publicado en ABC de Madrid de fecha 21-9-1958, relacionado con el Emperador:

«No hay Imperio sin un mensaje que transmitir al orbe; sin una idea de *viajar*. El Imperio Romano exportó Dere-



MANUEL MANRIQUE DE LARA Y VELASCO

cho, ciudadanía, administración. El Imperio Inglés todavía exportó unas formas económicas y unas maneras sociales. Todavía Rusia quiere reproducir ese tipo de Imperio ideológico: una convicción nuclear que se extiende. Lo mismo quería Hitler. Esto mismo intentó con mejor causa Carlos V: *imperar* como una función radiante a partir de ese núcleo sólido de la Fe y de las ideas de universalidad cristiana de la Salamanca de Victoria y Soto. Pero Carlos V tuvo la desgracia de ser contemporáneo del nacimiento de la gran herejía moderna: la herejía protestante y maquiavélica de la *nación* como entidad autónoma y suficiente. La gran genialidad del Emperador —último Emperador total, sin reducciones *nacionalistas*— fue la suprema convicción de que *no hay que vencer del todo*. Nada se ha hecho estable en la marcha política del universo sino aquello que ha contado con lo derrotado y ha ensalzado con ello».

Este escrito anterior es una parte del titulado «Con la boca cerrada».

Volviendo a la elección del Emperador, la catedral de Aquisgrán, circundada por grandes fiestas profanas. La coronación significaba prolongar en el Emperador electo la dignidad de Carlomagno. Primero le ceñían la espada, seguidamente las sandalias y los guantes, luego el manto y a continuación, la corona. Luego de sentarse en el trono de mármol que Carlomagno usara, era saludado por los preladados, embajadores, señores y príncipes asistentes.

Debía ser magnífico que en este día de la gran Aquisgrán donde en otro tiempo se había creado «la Escuela Palatina». En ella destacó el papel del sabio Alcuino y a la sombra de éste la mayoría de los doctos finales del siglo VIII. A éstos sucedieron dos monjes: Clemente y Dungal. Dos excelentes científicos irlandeses, que se presentaron en la Escuela con indumentaria mendicante. No obstante fueron muy bien recibidos en el palacio imperial.

El 23 de octubre de 1520, con la mayor pompa de todos los tiempos, fue coronado en Aquisgrán el nuevo Emperador Carlos, que añadiría a éste los títulos de Rey de los Romanos, Rey de Castilla, de León, de las Dos Sicilias, de Jerusalén, de Granada, de Navarra, de Toledo, de Valencia, de Galicia, de



Mallorca, de Sevilla, de Cerdeña, de Córcega, de Córdoba, de Murcia, de Jaén, de los Algarbes, de Algeciras, de Gibraltar, de Aragón, de las Islas Canarias, de la Tierra Firme de Mar Océano, Archiduque de Austria, Duque de Borgoña y de Brabante, Conde de Barcelona, de Flandes y del Tirol, Señor de Vizcaya y de Molina, Duque de Atenas y de Neopatria, Conde del Rosellón y de Cerdeña, Marqués de Oriestán y de Graciano... Pocos años más tarde cesaría este ceremonial al ser trasladada la coronación de emperadores a Frankfort. Esta supresión, las guerras de religión y el catastrófico incendio de 1656 fueron las causas de la decadencia de la vieja capital nobiliaria de Europa.

#### LOS ACONTECIMIENTOS ESPAÑOLES SIMULTANEOS A LA CORONACION

Cuando Carlos I decide salir de España para coronarse Emperador, en Castilla germinaba un grande malestar. El virus se va propagando por Valencia y el reino de Aragón. Se celebran Cortes en Zaragoza, Barcelona y La Coruña. Había grandes debates en el orden económico. También había unanimidad en negar dinero para financiar los gastos que ocasionaría la coronación.

El primer levantamiento se produce en Valencia casi en el momento en que el Rey se disponía a partir para Aquisgrán. Se rumoreaba que esta rebelión y las que se sucedieron estaban patrocinadas por el Rey de Francia. La rebelión de las germanías nada tenía que ver con los problemas de la coronación. Se trataba de una contienda local en principio entre una parte importante del Estado Llano, unido a otro no menos importante del clero, contra un sector de la nobleza.

Lo que comenzó a modo de conato incordiante sin más importancia acabó en una pequeña guerra civil bastante incómoda. En sus comienzos, Carlos no le dio importancia. Antes de partir para Alemania recibió en Barcelona a una comisión de la germanía a la que les confirmó el derecho de uso de armas como institución militar. Quiso el Emperador evitar a toda



MANUEL MANRIQUE DE LARA Y VELASCO

costa la reunión de las Cortes Valencianas para obtener su reconocimiento como la norma constitucional requería. Dejó una representación de tres miembros para que actuaran como delegados suyos en las referidas Cortes. El Rey, al comprobar que no había conexión entre las germanías y la aún incipiente revuelta de los Comuneros de Castilla, decidió partir para Aquisgrán. Sobre el verde tapete estaban en juego los quinientos mil ducados que adelantara al Rey de España su banquero, el hebreo Jacobo Fúcar. Si el Rey hubiera abandonado la causa a estas alturas, hubiera significado la derrota sin lucha.

Cuando los pilotos de la armada informaron que el tiempo era bueno, que se podía efectuar el embarque, el Rey dispuso la salida. Dirección: Inglaterra. Siete días más tarde, la armada entraba en Dovres. Le esperaba el Cardenal de Inglaterra, que aposentó al Rey y a su séquito en la fortaleza. Éstos eran: la Reina que fue Reina Viuda de Aragón, doña Germana de Foix y su nuevo esposo el Marqués de Brandeburgo, con quien terminaba de casarse. Enterado Enrique VIII de la llegada de Carlos se apresuró a saludarle con grandes muestras de afecto, saliendo al día siguiente para Canterbury, donde oyeron misa. El recibimiento fue apoteósico. Le esperaba su tía la Reina Catalina, acompañada de su cuñada, la que fuera en otro tiempo Reina de Francia, con más de setenta damas magníficamente ataviadas.

En Canterbury se celebró la entrevista diplomática en medio de una fiesta suntuaria, a la que el Rey de España era muy aficionado y que contrastaba con la tradicional austeridad castellana. La negociación fue llevada directamente por el Rey con el Canciller inglés Míster Chievres y el Cardenal de Inglaterra. El resultado de ésta fue: confirmación de paz con Inglaterra y Flandes; proyecto de casamiento entre don Carlos y María Tudor en un plazo de tres meses y por último, que a fines de julio los dos monarcas se reunirían de nuevo para estudiar los deseos del Rey de Francia y, en consecuencia, la conveniencia mutua sobre los mismos. Esta última capitulación era secreta.

El martes siguiente partió el Rey de Inglaterra para entrevistarse en Francia con su titular. El de España, para Sandwich, donde embarcó para Flandes en la armada británica. Le





acompañaba el Primado inglés. Desembarcó en Vissingen, desde donde se encaminó a Gante para reunirse con su hermano Fernando. Gante, su ciudad natal, le hizo un colosal recibimiento. Toda la ciudad se hallaba cubierta de arcos triunfales. Un numerosísimo público le aclamaba sin cesar. Allí recibió noticias nada tranquilizadoras de España. Las rebeliones eran ya un hecho y estaban en marcha, lo que dio lugar a una reunión urgente del Consejo. Formaban éste: flamencos, italianos, aragoneses y castellanos. No hubo acuerdo. Los extranjeros le aconsejaron proseguir el viaje; los aragoneses que marchara cuanto antes a Valencia, y los castellanos que fuera directamente a apaciguar Castilla. Carlos ya no podía retroceder. Había que cumplir con el Papa y con el Rey de Inglaterra, por consiguiente seguir viaje a Aquisgrán. Después escribiría cartas para España instándoles a la paz y a la concordia.

#### LA CORONACION

En Aquisgrán a 22 de octubre de 1520 Carlos I de España montaba un magnífico caballo blanco. Se conducía de un modo admirable el que estaba a punto de ser coronado, además, Rey de los Romanos. Al verle nadie sospecharía el precario estado de su tesoro. Jacobo Fúcar, su banquero, ya podía respirar con más optimismo.

Cinco horas necesitó el desfile para cruzar las puertas de la ciudad. En el preámbulo habían entrado los tres mil alemanes, que portaban las banderas del Emperador. Les seguía un destacamento de caballería al mando del Duque de Tuliers, que cabalgaba en el centro rodeado por treinta alabarderos. Seguían a éstos las fuerzas de los demás electores. Tras ellas, el Caballerizo Mayor del Emperador Carlos de Noy, con treinta caballos elegidos por el propio Emperador, montados por pajes armados y uniformados con sayones de oro y plata. A continuación, los gentiles hombres de la Casa del Emperador, procedentes de las diferentes nacionalidades de su Imperio. Después de una pausa, una procesión religiosa, compuesta de



MANUEL MANRIQUE DE LARA Y VELASCO

diferentes representantes del clero, que portaban la corona de Carlomagno. Seguidamente, el grueso de caballeros de Alemania y los del Consejo del Imperio, con los reyes de armas. En sus armaduras, las águilas imperiales y las armas de España. Todos en voz alta clamaban al Emperador y al Imperio.

Un heraldo con tabardo de oro y plata caminaba solo. Portaba un escudo plateado y rematado con el águila imperial. A poca distancia le seguían los príncipes electores y los demás prelados, seguidos del Mariscal del Reino, que sostenía la espada imperial.

El Emperador cabalgaba detrás hacia las puertas de Aquisgrán. Allí se apeó del caballo, besó la cruz y luego la cabeza de Carlomagno. Vuelve a cabalgar y saluda de derecha a izquierda a la multitud de la calle y a los balcones y tribunas. Al llegar a la Iglesia Mayor de Nuestra Señora se postró en cruz bajo la enorme corona de hierro. De espaldas a la puerta del templo se podía ver la magnífica guardia de arqueros del Emperador, en cuyas túnicas se leía el lema de España estampado en letra de oro: Plus Ultra.

Al siguiente día, 23 de octubre, continuaba el ceremonial. A las seis de la mañana el Emperador se dirige a la Iglesia de Nuestra Señora. Vestía una túnica acasullada y larga. Le sostenía la cola del vestido el Conde Palatino del Rin. Recibido en procesión por los prelados, el Emperador se tendió a lo largo sobre el pavimento. Finalizada la epístola, los prelados le quitaron la capa. Volvió a tenderse el emperador con los brazos en cruz en las gradas del altar. Luego, le tomaron las promesas. Una vez sentado en la silla, les contestaría en voz alta. Consagraba el Arzobispo de Colonia. Éste se vuelve a la asamblea y hace la pregunta en latín: «¿Aceptáis al Rey Carlos y le prestaréis obediencia, según las palabras del Apóstol?» Todos gritaron: «¡Fiat!, ¡Fiat!» (¡Sí!).

El Emperador se postra de rodillas y los arzobispos de Colonia y de Tréveris le descubren las espaldas. Luego le ungen con óleo la frente, el pecho, la espalda y los cabellos. Una vez ungido en el Sagrario, le revistieron de blanco con la capa imperial que había pertenecido a Carlomagno, con la espada ca-



rolingia en una mano y en la otra un orbe de oro, rematado con una cruz que representaba la soberanía del Emperador del Universo. Carlos se levantó y dijo: «Yo prometo delante de Dios y de los ángeles que de aquí en adelante guardaré a la Santa Iglesia de Dios, la ley, la justicia y la paz». Hecha la promesa, el Emperador tomó asiento en la silla de piedra de su antepasado Carlomagno. Al término de la ceremonia el Arzobispo de Maguncia participó a los asistentes que el Papa León X, concede al Rey Carlos de España se pueda titular en adelante Rey de los Romanos y electo Emperador.

El pueblo aclama al Emperador con gritos de júbilo y ensordecedoras ovaciones. Después vendría el banquete en la gran plaza. El Maestresala fue el Conde Palatino. Se sirvió un buey asado entero, relleno de aves. El Mariscal del Imperio actuó de caballero dando de comer en público al caballo del Emperador. En la plaza había una fuente de tres caños que manaba excelente vino. Este banquete fue el broche apoteósico de una jornada de solemnidad y alegría desconocida.

Si algún emperador siguió la ruta de Carlomagno en la consecución de la paz y la unidad europea, éste no fue otro que Carlos V. Guerreó siempre por la paz. Envejeció prematuramente por la paz. Gastó todo su dinero y contrajo importantes deudas para mantener la guerra que le encaminara a la paz. En Yuste se autopenitenció, pidiendo al Todopoderoso por la paz y la unidad de Europa. Tuvo varias enfermedades pero la principal que terminó con su vida fue la melancolía y la constante preocupación para conservar la paz y el equilibrio en Europa. Éste fue el problema endémico del Emperador, que se halla reflejado documentalmente en el legado que le hiciera a su hijo Felipe y a su hermano Fernando al retirarse en el Monasterio de Yuste.

#### LA POLITICA FAMILIAR Y LA HISPANIZACION

Recordemos, como anteriormente hemos visto, lo sucedido cuando Margarita de Austria aconseja al Emperador que re-



MANUEL MANRIQUE DE LARA Y VELASCO

nuncie a su candidatura para la elección del Imperio, motivada por los acontecimientos surgidos en España en esos momentos. El Emperador ya tiene prevista la solución, desechando la de Margarita. Carlos V a 3 de febrero de 1554 escribe a su hermano Fernando: «*Vous savez quil y a longtemps que j'en ai suspendu la poursuite*». Es la carta que cita L. Pfand en su «Felipe II, bosquejo de una vida y de una época». Lo que indica que en la mentalidad del Emperador no existió cambio radical. Carlos V tuvo las ideas muy claras a efectos de la renuncia del Imperio, dejando sin efecto la sucesión del mismo a su rama directa. Su hermano Fernando había de sucederle para regir los pueblos germánicos del Imperio y como Rey de los Romanos.

La verdad es que Fernando no tuvo prisa para recibir sobre sus sienes la Corona Imperial. Hasta 1558 no fue reconocido Emperador. Fue el año del fallecimiento de Carlos V.

#### LA REINA VIUDA DEL REY CATOLICO

Cada vez que el Emperador regresaba a España después de sus andanzas por Europa no era precisamente para descansar. A los problemas políticos de orden interior se le sumaban los familiares. Uno de éstos fue doña Germana de Foix, la viuda de su abuelo el aragonés. Doña Germana hacía una vida ostentosa, sin que le importara mucho la economía del erario del Emperador. Andaba siempre en convites, ferias y fiestas en compañía de su amiga doña María Velasco, esposa del antiguo Contador de la Reina doña Isabel, gastando en estos devaneos cantidades importantes de dinero, lo que estaba en desacuerdo con el «equipo» familiar del emperador que ayudó a éste a casarla con el Marqués de Brandeburgo, y muerto éste, con el Duque de Calabria. Tenía fama de guapa, según el poeta aragonés Juan de Sobrarias, que le hacía poesías en latín, lo que no concuerda con la opinión del historiador de Carlos V, Sandoval, que la describe así:

«Era poco hermosa, algo coja, amiga mucho de holgar-se y andar en banquetes, huertos y jardines y en fiestas. In-



trodujo esta señora en Castilla comidas soberbias, siendo los castellanos y aún sus reyes muy moderados en esto. Pasábansela pocos días que no convidase o fuese convidada. La que más gastaba en fiestas y banquetes con ella era su amiga».

#### LA CREACION DE LOS GRANDES DE ESPAÑA

El gobierno del Sacro Imperio Romano Germánico había enseñado al Emperador los problemas del feudalismo, sobre todo después de la invasión luterana en el interior de la cultura religiosa y que desgraciadamente prendió tan fuertemente en los príncipes alemanes. Es cierto que el Emperador los derrotó en el campo de batalla, pero no es menos cierto que el protestantismo hizo presa, que no pudo mitigar el Concilio de Trento, que llegó a Alemania cuando se le había pasado la hora.

Ni en los señoríos españoles de jurisdicción, ni en las behetrías de linaje, ni en el pueblo llano había prendido el virus luterano. Tampoco el feudalismo que demasiado inmaduro procedía de la *marca* de la frontera catalana. Los nobles españoles que fueron designados ricos hombres y los que sin este apelativo, tenían suficiente poder y prestigio. En potencia no podían ser peligrosos para de algún modo alterar la tranquilidad del poder real. Tal vez por ello Carlos I creó los Grandes de España, organizando cortesantemente la nobleza titulada. Creó las dignidades nuevas, conservando las antiguas en el ejército y la administración civil.

Volviendo a Europa, y desde España, el Emperador no olvidó los problemas que dejara allí el luteranismo. Circunstan- cialmente conoció a un noble checo que fue luterano en su juventud. Llamado Wratislao Perstyn, barón libre de Perstyn y señor de extensos territorios en su país. Residente en Praga en otro tiempo, fue un adicto servidor del Emperador Carlos. Wratislao Perstyn había contraído matrimonio católico con la camarera de la Emperatriz Isabel, María Maximiliana Manri-



MANUEL MANRIQUE DE LARA Y VELASCO

que de Lara y Briceño. Fue en Madrid, el 17 de septiembre de 1548. Fueron unidos por el cardenal Madruccio y fueron sus padrinos Felipe y Juana. Con este motivo hubo grandes fiestas y se prolongaron hasta Alcalá de Henares. En ellas recibe un mensaje del Emperador y le hace en él diversas recomendaciones sobre el eterno problema religioso alemán. Este mensaje consistía en que Felipe debía llevarse bien con Fernando en vísperas de preparar un Concilio General, además de otros importantes negocios de Estado. El portador de esta misiva del Emperador dio lugar a que Perstyn hubiera de salir precipitadamente para Alemania en compañía de María Maximiliana.

El catolicismo de Perstyn está acreditado por sí mismo: el matrimonio católico contraído, además de su prestigio de caballero intachable cerca del Emperador y la confianza que éste ponía en él es suficiente. Pero hay más. Su investimiento del Toisón de Oro por Felipe II en el XXII Capítulo General, celebrado por la Orden en la iglesia colegial de Nuestra Señora de Amberes el 26 y siguientes días del mes de enero de 1556. Esta promoción indica que Felipe II valoró los servicios de este caballero, en otro tiempo tocado por la herejía.

La Orden del Toisón de Oro con Felipe de España comienza a dejar de ser borgoñona. Las órdenes militares españolas rechazaron siempre el más leve contacto de sus pretendientes con la herejía. No podemos menos de recordar la sucesión de los Perstyn después de la muerte del barón en 1586. De Perstyn dice cierto historiador checo que cuando murió se enlutó la corte de Felipe III de España. Que en Madrid doblaron las campanas como si hubiera desaparecido un Grande de España. Había sido Perstyn *el alma de la españolización en Praga*. Sus hijas vivieron para España, viajando por las rutas del Imperio. Sus hijos le emularon guerreando en Flandes, Francia, Italia y Alemania con los Tercios y a punta de espada. La sexta hija del matrimonio Perstyn-Manrique de Lara fue Polixena, que continuó una meritísima campaña en favor de la Corona Española. Casó dos veces, la primera con Guillermo de Rozemberg. Guillermo fue una segunda edición de su suegro. Su dimensión centroeuropea fue importantísima a juzgar por los



cargos y dignidades que ostentara en Bohemia, Moravia, Slovaquia y Polonia. Fue condecorado por Felipe II con el Toisón de Oro y fue otro de los pilares de la *causa española* en Bohemia. Guillermo muere en 1592. En 1603 Polixena contrae nuevo matrimonio con el Gran Canciller del Reino de Bohemia, Príncipe Zdenek Poppel de Lobkovic. Polixena, Princesa de Lobkovic, entra en la historia política de Bohemia representando un papel de primerísima figura centroeuropea, seguidora del espíritu español en Praga, colaboradora de los diplomáticos españoles: Ramiro Núñez de Guzmán, Clavero de Calatrava, Juan de Borja, hijo de San Francisco de Borja, Carlos de Aragón, Guillén de San Clemente, Baltasar de Zúñiga, Pedro Fajardo, Marqués de los Vélez, el Conde de Monteagudo y el Conde de Luna, para implantar en Bohemia *un orden español*. El historiador checo Bohdan Chudoba, investigador de nuestra historia en Europa durante el reinado de los Austrias, compara a Polixena Lobkovic con las grandes mujeres de entonces: con Francisca, la hija de Antonio de Lebrija; con Lucía Medrano, con Juana Contreras.

Polixena y el Conde de Oñate ganan para la causa de España la batalla de «La Montaña Blanca» de Praga, en la que España invirtió hombres y dinero y que resultó el toque de diana de la Guerra de los Treinta Años. Aunque la labor de Polixena queda ya lejos del gobierno del Emperador, fue mérito de éste el que Perstyn fuera elegido para que prestara un gran servicio a España, con la consabida continuidad, acreditando a Carlos V como extraordinario hombre de estado.

#### EL MILITAR CON MANDO A DISTANCIA

Cuando Milán se rinde al rey francés todo el mundo creyó que Francia le había ganado la guerra al Emperador. La comparación de los dos ejércitos unida a la desunión de los aliados, la abundancia de dinero por el lado francés y la penuria del ejército del Emperador no dejaban a primera vista la menor duda. Venecia después de amplios debates en el Senado



MANUEL MANRIQUE DE LARA Y VELASCO

resuelve separarse de la Liga antifrancesa para entrar en otra Liga que Clemente VII patrocinó, cambiando él también rápidamente. La victoria la vieron cada día más segura los italianos. Francisco I puso sitio a Pavía, creyéndose ya dueño y señor del norte de Italia y dispuesto a ocupar el Reino de Nápoles con diez mil hombres a las órdenes de Renzo de Ceri. Francisco I despreció algunos consejos de sus generales a los que dijo: «Acordaos de que tenéis que obedecerme y no aconsejarme». Además, el Almirante Bonnivet dominaba en los Consejos Reales. Bonnivet era el Lugarteniente más importante del Rey y además su íntimo amigo. Para el mando francés las circunstancias favorecían al Rey de Francia y que de ganar la batalla disolvería el ejército imperial.

Por el contrario, las tropas del Emperador estaban casi en rebeldía a causa de estar en menor número que sus adversarios y de la falta de dinero, a excepción de cincuenta mil ducados enviados por el Emperador cuando creía que sus ejércitos se hallaban aún en la Provenza. Demasiado poco dinero para tantos soldados. Pero Carlos V tuvo la suerte de los grandes genios de la guerra: el Marqués de Pescara arengó a los soldados españoles apelando a su honor y que se conformasen de momento con las vituallas diarias y que se olvidasen del sueldo. El grupo de alemanes se vio obligado por ello a realizar un gesto similar y probar que ellos, como los españoles, eran *gente de guerra*. Eso sí, reclamaban una batalla inmediata para cobrarse con el botín de guerra ante la insolvencia de sus mandos.

El servicio de espionaje francés sabía todo lo que ocurría en el campo español. Algunos generales de Francisco I aconsejaron que una retirada detrás de los canales lombardos les daría una victoria rápida contra un enemigo financieramente agotado y menos numeroso. Es cuando Bonnivet tomó la palabra para decirles a los demás: «¿Qué vergüenza es esta propuesta a vuestro Rey, tan valiente y esforzado, de retirarse de una batalla que hemos deseado vivamente? Nosotros, los franceses, nos hemos acostumbrado a hacer la guerra en campo abierto y no con subterfugios y astucias militares... Nuestra





gendarmería pasará sobre el vientre de esos lánguidos enemigos...»

Al fin llegó el cuerpo de ejército procedente de Lodi. Fue el 3 de febrero de 1525, frente al campo atrincherado donde Francisco I había sentado sus reales para sitiar la plaza con el propósito de sitiar al sitiador. La situación que en principio parecía incómoda para los franceses no era del todo peligrosa. El rey francés podía mantener sus comunicaciones con facilidad por la mejor situación de su campo y la unidad de sus fuerzas y dominar al enemigo. Este se hallaba dividido en dos grupos. Por una parte los recién llegados de Lodi. Por otra, los sitiados en Pavía. La maniobra de aproximación de los imperiales era importante sólo en el caso de que el ejército francés se decidiera a dar la batalla desde aquella misma posición, ya que estaría obligado a combatir en dos frentes. Desde principios de febrero hasta el 23 del mismo mes hubo escaramuzas y alguna que otra rectificación de las primitivas posiciones. Pero el día 24 los imperiales desencadenaron la ofensiva marchando sobre el enemigo. Los franceses creyeron que se trataba de un acto de hostigamiento, así lo han dejado a su Rey, escrito en sus memorias. Pero no fue así; los jefes militares del Emperador han dejado escrito que habían provocado ellos la batalla decisiva.

El mando imperial se hallaba dividido en cuatro grupos mandados por el Marqués de Pescara, Lannois, el Marqués del Vasto y el Duque de Borbón. Se destaca la previsión del de Pescara como táctico genial. Envío las fuerzas que habían penetrado dentro de los muros del campo francés hacia el campo de Mirabello, o sea el camino de Pavía, con lo cual realizaba diversos objetivos: comunicar con el ejército de Leiva, ensanchar el campo de acción y cubrir una posible retirada.

Los franceses por su parte organizaron un centro y dos alas muy agrupados. En el central estaba el Rey Francisco, con los mejores hombres de Francia. En el ala derecha el Duque de Alençon con los suizos y otras fuerzas. En el ala izquierda el Mariscal de la Palice. La artillería, que tenía una fácil misión, al amanecer hizo presagiar la victoria. Francisco I



MANUEL MANRIQUE DE LARA Y VELASCO

vio ésta tan cerca que exclamó: «Ahora ya me puedo llamar Duque de Milán». Salió seguidamente con su caballería, su gran esperanza, por el concepto que de esta arma tenían en Francia y por el recuerdo de Marignano. Este experimento fue desastroso para el mando francés a causa del natural desorden que producen los combatientes a caballo cuando se hallan cerca de otras armas, produciendo un complejo táctico negativo. El penacho que lucía el rey francés impidió todo movimiento a la demás tropa. La artillería francesa hubo de dejar de tirar, ya que hubiera matado a amigos y enemigos. La infantería por su parte no pudo acompañar a la velocidad de los caballos, quedándose en parte al margen de la lucha. Se acusó de cobardía a los suizos, que eran los mejores soldados de esta arma, lo cual era injusto según el parecer de varios historiadores, toda vez que la caballería impidió la normalidad de la maniobra. Viendo esto el de Pescara, inspirado ese día, fue el principal factor de la victoria, obteniendo de sus tropas el mayor rendimiento. El Rey francés no pensó que la guerra era ya cosa complicada. Él no coordinó sus movimientos y cuando preguntó por la infantería suiza, ya estaba aislado. Creyó que los suizos le abandonaban, cuando era él por su raro impulso quien los había abandonado. Se vio combatido por todas partes cuando ya estaba la batalla perdida. Después de muchos actos de valor, el rey cayó bajo su caballo, rodeado de enemigos. Revestido de su pesada coraza, ligeramente herido, fue hecho prisionero. Dos soldados españoles, Juan de Urrutia y Diego de Avila, fueron los primeros en acercarse a él. La versión francesa sobre este hecho la da por cierta. A Francisco I no se le declaró prisionero de guerra en el primer momento. Sólo se le pidió la espada más tarde, al llegar los jefes de mayor graduación. Los que le rodearon en principio no le reconocieron, por lo que se abalanzaron sobre él para quitarle las prendas que vestía.

No olvidemos la acción de Antonio de Leiva, que enfermo de gota hubo de salir en camilla atacando por la espalda al resto del ejército francés, obligándole a una fuga precipitada. Existen opiniones que la salida de Leiva con un grupo nume-



roso de alemanes y un resto de los viejos tercios de españoles fue el que decidiera la batalla. La batalla fue resonante y decisiva como una de las más importantes de la Historia.

Veamos la carta que Francisco I envió a su madre, Luisa de Saboya, Regente del Reino:

«Señora: Para informaros cómo sufro mi infortunio os diré que de todas las cosas no me ha quedado más que el honor y la vida a salvo; y para que esta noticia os sea de algún consuelo, he rogado que me permitan escribiros. Habiéndome concedido este permiso, os ruego recojáis todo vuestro espíritu, usando de vuestra acostumbrada prudencia, porque tengo esperanza de que Dios no me abandonará en definitiva. Os recomiendo vuestros nietos, mis hijos, y os suplico deis un permiso seguro de ida y vuelta para España al portador de esta carta, a fin de saber del Emperador cuál debe ser mi suerte. Muy humildemente me encomiendo a vuestra gracia. Muy humilde y obediente hijo, François.»

El triunfo de Pavía llegó tarde al Emperador. Lo supo antes la corte de Madrid. No se sabe por qué razón ocurrió este hecho inconcebible, tal vez la culpa fue del Canciller que tardó algo más de la cuenta en hacer un programa de política internacional mirando al futuro. También pudo suceder por la suerte del Comendador Peñalosa, que en principio se había adelantado a los otros gentilhombres, que fue herido en el camino, en la comarca aragonesa de La Almunia. No se pudo recuperar a tiempo, por lo que despachó un correo particular y que fue la primera noticia que tuvo el Emperador sobre la victoria.

A su paso por Lyon, Peñalosa contactó con la madre del Rey de Francia, a la que le enteró de lo ocurrido. Luisa de Saboya dióle una carta para el Emperador, escrita en francés. En ella le pedía al Emperador que fuera generoso con su hijo en bien de la cristiandad. La noticia de la victoria de Pavía se recibió en Madrid el 3 de marzo de 1525. Unos días antes el Emperador cumplía veinticinco años.

El Emperador no permitió fiestas profanas como celebración de la gran batalla, limitándose a celebrar una procesión y



MANUEL MANRIQUE DE LARA Y VELASCO

oír misa en Nuestra Señora de Atocha. Lo que no ocurrió en Madrid a causa del triunfo de Pavía pasó en Londres. Enrique VIII se adhirió a la causa del Emperador y organizó desfiles y fiestas en Inglaterra. Enrique VIII se sintió desde ese momento aliado de Carlos V, aunque poco tiempo después cambiaría a la vista política de los acontecimientos.

#### EL TRATADO DE MADRID

Doña Leonor, la hermana del Emperador, estaba en principio predestinada a casarse con el Condestable Carlos de Borbón. En caso de haberse producido este matrimonio, había prometido al Duque Carlos de Borbón el Ducado de Borgoña, que por herencia correspondía a Carlos V como más propinquo directo descendiente de Carlos El Temerario. Francisco I no cedía en que el Ducado de Borgoña se le desvinculara de la Corona Francesa. Este Ducado, lo que se llamó después *El Franco Condado*, tuvo diversas alternativas a lo largo de la Historia. Fue para España, como veremos en el Tratado de Paz de Madrid, en 1526, hasta la paz de Cambray en 1529, por renuncia. Recobra su autonomía en 1548, hasta que vuelve a la rama de los Austrias españoles en 1555. Luego, en La Paz de Nimega, revierte a Francia en 1678.

Al fin Francisco I consiente en su renuncia al Ducado de Borgoña y accede a casarse con Leonor de Habsburgo. Con el Rey prisionero en Madrid, Francia no tuvo problemas de división. La Regente, Luisa de Saboya, fue respetada. No hubo Estados Generales, ni conspiraciones turbulentas. A Carlos V no le vino bien la estabilidad del Gobierno francés en esos momentos. Es cuando Carlos V se encuentra incómodo con su cautivo. Esperaba imponerle una paz rigurosa: Normandía y la Guyenne volverían a Inglaterra. Toda la herencia de Carlos El Temerario pasaría a España; el delfinado y la Provenza irían a parar al Condestable Carlos de Borbón. Francisco rehusó y cayó enfermo, disponiéndose a morir: «Pues muero en el deseo de poseer un bien que causando mi muerte yo estimo



como vida...» En este estado de cosas contrarió a Carlos V, considerando que si se moría el Rey de Francia en el cautiverio le surgiría un problema, ya que otro rey sucedería a Francisco I.

Enrique VIII tampoco se encontraba cómodo con el poder del Emperador, por lo que dio un giro de noventa grados a la política internacional inglesa, aceptando dos millones que le dio Luisa de Saboya por abandonar a su aliado.

Pero la posibilidad de Francisco I de salir de Madrid no era factible. Es por lo que el Rey Francés cede en lo que se refiere a Borgoña, aunque como más tarde se observa, estaba resuelto a no cumplir sus compromisos. Que consideraría nulo el juramento que iba a prestar a la fuerza; sin embargo dejó a sus dos hijos como rehenes para así garantizar el Tratado.

Con fecha 6 de diciembre el Emperador da poderes a Carlos de Lannoy, Virrey de Nápoles, Lugarteniente y Capitán General de Italia; a don Hugo de Moncada, Caballero Prior de Messina de la Orden de San Juan de Jerusalén en Sicilia, Capitán General de la Armada del Mediterráneo y a su Tesorero y Secretario de Estado, Juan Alemán, Señor de Buclans, para que hiciesen el Tratado o Capitulación de Madrid, terminado el 14 de enero de 1526. Los representantes de Francisco I fueron: Francisco de Tornos, Arzobispo de Aubin; Martín Juan de Selva, Caballero Señor de Trouxiers, primer Presidente del Parlamento de París y Filipo Saboch, Barón de Brion, Asistente mayor de Burdeos, con poderes de la Regente Luisa de Saboya.

Lo acordado es lo que sigue:

«Que el Ducado de Borgoña, con el de Charolais, señorios de Noyers y Jatelein y el Vizcondado de Amprouena y el Refort de San Lorenzo, pasarían libres, perpetuamente, al provecho del Emperador y sus herederos y sucesores, con renuncia de toda pretensión de la Corona de Francia. Que el 10 de marzo sería puesto libre en la frontera de Fuenterrabía Francisco I y el mismo día, hora e instante en que él saliese de las tierras y poder del Emperador, se recibirían los rehenes, que serían los dos hijos mayores del monarca francés, el Delfín y el Duque de Orleans, y con ellos los doce caballeros siguientes: Mr. De Vendome, Mr. De Al-



MANUEL MANRIQUE DE LARA Y VELASCO

bania, Mr. De Campol, Mr. De Guisa, Mr. De Lautrec, Mr. De la Val de Bretaña, el Marqués de Sauz, Mr. De Roez, el Gran Senescal de Normandía, el Mariscal de Montmorency, Mr. De Brion y Mr. De Obin, que quedarían en España hasta que el Rey Cristianísimo hubiese hecho entrega del Ducado de Borgoña, ratificada y aprobada por los Estados Generales de su Reino y asentada, registrada y verificada en la Corte del Parlamento de París y otros parlamentos del Reino de Francia. Para el cumplimiento de esa entrega se ponía un plazo de seis semanas, y de cuatro meses para la ratificación de las seguridades. Al devolverse los rehenes Francisco I entregaría al Emperador al Príncipe Carlos para que se criase en la Corte española. De no cumplirse los compromisos, el Cristianísimo, según había prometido y jurado, vendría a constituirse prisionero, produciéndose simultáneamente la liberación de los rehenes.

Renunciaría el francés a las pretensiones sobre los reinos de Nápoles, de Milán y de Génova, a las ciudades de Arras, Tournay y villas y castillos ocupados por él en las fronteras de Flandes, en el condado de Artois.

Casamiento de Francisco I con doña Leonor, hermana mayor del Emperador, Reina dotal de Portugal, con una dote de 200.000 escudos, dándole su marido 50.000 escudos como bienes hereditarios.

Casamiento del Delfín de Francia con la princesa María, infanta de Portugal, hija de doña Leonor, por palabra de futuro al tener los siete años y de presente a los doce; renuncia del Señor de Albert al título de Rey de Navarra; auxilios para la Cruzada que el Papa debía promover apenas se firmase la paz; traspaso de las pensiones que el monarca inglés y su hermana servían al de Francia; restitución al Duque de Borbón de todos los bienes de que se le había privado, además de poner en libertad a todos los detenidos como partidarios suyos, restituyéndoseles también lo que se les hubiere quitado; devolución a la Archiduquesa de Austria, Mme. Margarita del Condado de Charolais y sus salinas, e indemnización debida por haberla desposeído, más otras a la Reina Germana de Foix, al Príncipe de Orange, a Filiberto de Chalons, a Felipe de Croix, Marqués de Arscot; a la Princesa Chimay, al Conde de Nassau, al Marqués Miguel Antonio de Saluce y otros parientes, al Señor de Mónaco y al de Luca.»

La promesa de cumplir todo esto, como era costumbre, debía jurarse solemnemente con la mano puesta sobre los Evan-



gelios y en presencia de la Cruz, como se hizo. Francisco I juró, solemnemente, que todo aquello se cumpliría. Las condiciones insertas en el Tratado de Madrid no se cumplieron más que en parte. El Rey Francés sacó cierto provecho de su derrota, aliado con el tiempo. Conforme pasaban los días y los meses el Emperador, víctima de sus enfermedades, dejó pasar la gran ocasión, mientras que Francisco I jugaba a dos paños, coqueteando con Solimán El Magnífico, que aprovechó las luchas interiores de la Cristiandad para entrar en Hungría y apoderarse de gran parte de los territorios balcánicos.

Puesto de acuerdo el Papa Clemente con los diferentes estados italianos y reunidos en Consejo consideran que el ejército de Carlos V está a punto de disolverse. Las causas, las de siempre: «Falta de dinero para pagar a los combatientes», que seguían sin cobrar sus pagas. Cuando el Emperador tiene conocimiento de que se instituye una Liga presidida por el Papa, llamada «Liga Clementina» reúne su Consejo de Estado. Lo componían ocho miembros: dos españoles, cuatro flamencos, un saboyano y otro italiano. El de mayor autoridad, el Canciller Gattinara. El más importante de los españoles, Hugo de Moncada, en otro tiempo servidor de César Borgia. El Gran Chambelán era el Conde de Nassau, éste totalmente al margen de los grandes problemas planteados.

Gattinara, el de más poder, no pudo imponerse a los demás con la dureza de que siempre había hecho gala. Moncada y Lannoy, apoyados por el Marqués de Pescara, General en Jefe en Italia, persona considerada por el Emperador de gran inteligencia, se inclinaba hacia un arreglo con Francia, en perjuicio de los estados independientes italianos. Esta última opinión aplazaba los conflictos, pero no resolvía ninguno.

Está claro que la división de opiniones del Consejo no había satisfecho al Emperador. Los hechos posteriores acreditan que Carlos V resolvería en favor de imponer su autoridad.

Cuando el Emperador tiene conocimiento de que con anterioridad a la victoria de Pavía existía un compromiso secreto entre el Papa y el Rey de Francia contra el Imperio, se pone de manifiesto la existencia del contubernio franco-romano apo-



yado por otros estados italianos. El Emperador amenazó por ello al Papa con llevar su ejército a Roma. De momento impuso a Clemente VII una multa de cien mil ducados, si bien dulcificó esta sanción al confirmar la señoría florentina a los Médicis. Era éste el deseo de siempre del Papa. Pero Clemente VII sigue jugando a dos paños, liberando al Rey de Francia de lo convenido en el Tratado de Madrid. No conforme con esto trató de sobornar al Marqués de Pescara, Capitán General del Emperador en Italia, para que en su calidad de italiano actuara contra Carlos V. Pero el de Pescara, italiano de nacimiento, era español por vocación y muy leal al Emperador, al que comunicó estas intenciones.

El Papa tenía en Roma un enemigo nada despreciable: los Colonna. Éstos fueron agitados por el Embajador Moncada al servicio del Emperador, los cuales atacaron Letrán con una tropa de cinco mil soldados. El Papa hubo de refugiarse en el castillo de Sant'Angelo, mientras la tropa saqueaba sus apartamentos.

En el juego diplomático Moncada medió como pacificador haciendo restituir la Tiara al Papa, pero no sin haberle arrancado el perdón para la familia Colonna y con un nuevo compromiso de lealtad hacia el Imperio. Cuando marcha Moncada, Clemente cambia de opinión. Reúne a sus milicias y las envía en expediciones de castigo contra los Colonna. Ordena al *condotiero* Giovanne «Bandas Negras» que echara de Milán a Sforza, vasallo del Emperador, y hace un llamamiento a los Reyes de Francia e Inglaterra para una lucha a muerte contra los Habsburgo.

Carlos V monta en cólera y ordena al Condestable de Borbón que refuerce las tropas españolas con voluntarios italianos del Milanesado. A continuación el Emperador recurre a Jorge von Frundsberg que, aunque simpatizaba con la Reforma seguía siendo católico y con adhesión a los Habsburgo. Frundsberg odiaba a Roma hasta el extremo de liquidar su propia hacienda para costear a sus expensas diez mil mercenarios. Casi todos ellos luteranos con intención de desear eliminar al Papa y sustituirlo por Martín Lutero.





Durante un año esta tropa estaba exasperada por la falta de vituallas y dinero. Cuando el Emperador ordenó a Frundsberg la marcha sobre Roma seguramente desconocía la verdadera situación de los mercenarios. El Emperador no tenía otro deseo que presionar al Papa y darle una lección a causa de los problemas que él había planteado. Pero no fue así el resultado requerido. En la distancia choca el deseo del Emperador con la falta de interpretación de los mandos en el campo.

La chusma, reclutada entre la más sofisticada hez de Europa, desconocía la disciplina más elemental; luego de arremeter contra «Bandas Negras», pone fin a la última aventura del famoso *condotiero*. Desaparecido éste, Frundsberg tuvo el camino llano para su marcha sobre Roma, devastando la Lombardía.

A Frundsberg se le unió la guarnición imperial de Milán del Condestable de Borbón. La tropa de Frundsberg, cada vez más insubordinada, no tardó en contaminar de insubordinación a los del Condestable. Los de Milán adolecían de la misma enfermedad que los alemanes: falta de pago. El caos de la milicia no tarda en producirse a causa de la muerte repentina de von Frundsberg, víctima de una apoplejía, lo que supone el incremento de indisciplina de los alemanes. El Condestable trata de convencerlos para que vuelva la obediencia al mando, pero la reacción de la soldadesca hace que el de Borbón desaparezca al momento.

El Condestable Carlos de Borbón, que además de responsable era valiente, se reintegró al frente del ejército para mitigar el problema imposible que le habían planteado. Hizo la huida hacia adelante y muere trepando por una muralla al recibir un cañonazo. La matanza fue indiscriminada. Veinte mil muertos en el suelo y flotando sobre el Tíber. Las basílicas convertidas en cuarteles y otras indecencias. Mataron a cardenales italianos y españoles y proclamaron Papa a Lutero. Al otro lado del Tíber se estableció un mercado donde una legión de infieles de diferentes procedencias compraba los objetos del *saco*. Esta orgía de sangre y escarnio duró varios interminables días.

Cuando el Emperador recibió la noticia sufrió una crisis existencial. Ordenó que todas las campanas del Reino y la ma-



MANUEL MANRIQUE DE LARA Y VELASCO

yoría de las del Imperio doblaran a difuntos. Ciertamente es que el Emperador estaba aterrado. Primero por su responsabilidad internacional y segundo por su conciencia católica. Pero su sentido de la justicia permanecía igual que siempre. La provocación del estado de cosas era de Clemente VII. Él era la causa de la causa y por consecuencia, culpable. Los embajadores de las diferentes cancillerías informaron de la depresión del Emperador cuando conoció lo ocurrido. Sólo uno dijo que se había alegrado de haber sido émulo de Atila.

Carlos, después de declinar su responsabilidad, aprovechó la situación para imponer al Papa una humillante paz. Clemente debía pagar cuatrocientos mil ducados, además de entregarle la Plasencia, Módena, Parma y las fortalezas de Ostia, Civita Castellana y el Castillo de Sant'Angelo, donde seguiría en prisión hasta pagar la primera cuota de las reparaciones.

El mundo católico quedó horrorizado. Erasmo, que había sido siempre crítico con las costumbres de la sociedad romana, no pudo menos que decir: «Roma no era solamente el templo de la fe cristiana, la nodriza de las almas nobles y el refugio de las Musas, sino la madre de las naciones. Ésta no es la ruina de una ciudad, sino la de la civilización.»

Después de todos los acontecimientos que narramos, Roma no era la de antes. Más bien parecía que habían vuelto los tiempos de Aviñón. Es como si los Papas del Renacimiento hubieran fracasado colectivamente. Los adversarios de Carlos V declararon la guerra al Emperador. Fueron éstos: Francia, Inglaterra, Venecia y Florencia.

El Emperador puso en libertad al Papa, que debía comprometerse a no buscar ayuda de sus enemigos. Además, debía pagar de su bolsillo a las tropas que le habían tenido prisionero.

A finales de 1529 Carlos V se trasladó por primera vez a Italia para encontrarse con el Papa en Bolonia. Allí se arrodilló el Emperador y besó las sandalias a Clemente VII, el que había sido prisionero suyo. Carlos trató al Papa esta vez con la generosidad de un dignísimo caballero. Obligó a Venecia a devolver los territorios que esta república había despojado con



anterioridad al Papa, y restauró en Milán el señorío de los Sforza como vasallos del Imperio, además de conjurar a todos los príncipes italianos a unirse a su alrededor.

Tal vez un día de febrero de 1530 fuera uno de los más felices de la vida del Emperador. Desde ese momento era dueño del norte y del sur de Italia, al igual que los viejos emperadores medievales.

En febrero de 1530 termina la historia del *Emperador del Renacimiento* en sus dos facetas. A caballo, según el retrato de Antonio van Dick, soñando haber encontrado el camino de la paz. No como lo vio Tiziano poco más tarde, también a caballo, pero todo él cubierto de acero.

La Historia de Europa sigue jugando al ajedrez con la figura importantísima del Rey de los Romanos, hasta mucho más tarde. Hasta la parada definitiva en el Monasterio de Yuste, donde recordaría los últimos acontecimientos políticos y militares de su vida. La lucha contra la herejía, contra el turco Solimán El Magnífico, contra los piratas del latino *Mare Nostrum* en la defensa de los caballeros de Malta. La otra historia, la del Señor de las Indias Occidentales.

Carlos I de España: sus armas, un águila bicéfala, explotada de sable y en su interior el escudo sintético de la España unificada por sus abuelos, adornada con la corona de hierro de Carlomagno y el Toisón de Oro españolizado, como quedó el Emperador, su Gran Maestre.

## BIBLIOGRAFIA

- ALZOG: *Historia eclesiástica de España*. Tomo III. Barcelona, 1855.  
 BAINVILLE, Jacques: *Historia de Francia*. Barcelona, 1743.  
 BELADIEZ, Emilio: *Españolas Reinas de Francia*. Madrid, 1979.  
 — *España y el Sacro Imperio Romano Germánico*. 1583-1634. Madrid, 1967.  
 BENOIT, Charles: *La Monarquía Francesa*. Madrid, 1945.  
 BERNARDEZ, Antonio: *Enrique Cornelio de Agripa, filósofo, astrólogo y cronista de Carlos V*. Madrid, 1934.



MANUEL MANRIQUE DE LARA Y VELASCO

- BERNIS, Carmen: *Indumentaria española en tiempos de Carlos V.*
- CADENAS Y VICENT, Vicente: *El saco de Roma de 1527 por el ejército de Carlos V.*  
— *Doble coronación de Carlos V en Bolonia.*  
— *El Concilio de Trento en la época del Emperador Carlos V.*
- CARANDE, Ramón: *Carlos V y sus banqueros.*
- COSSIO, Francisco de: *Carlos V.* Madrid, 1941.
- DIÁZ MEDINA, Ana: *Rey de España.* Historia 16, septiembre de 1986.
- DIÁZ-PLAJA, Fernando: *El siglo XVI.* Madrid, 1958.
- EGIDO, Teófanos: *Emperador de Europa.* Historia 16, septiembre 1986.
- ERLANGER, Philippe: *Carlos V.* Barcelona, 1988.
- FERNÁNDEZ ALVAREZ, Manuel: *Soldado y estadista.* Historia 16, septiembre 1986.  
— *Felipe II y su tiempo.* Madrid, 1998.
- FERNÁNDEZ DE RETANA, Luis: *El reinado de Felipe II.* (Historia de España de Menéndez Pidal.).
- FERRARA, Orestes: *El siglo XVI a la luz de los embajadores venecianos.*  
— *El Cardenal Contarini.*
- FRAGA IRIBARNE, Manuel: *Diego Saavedra y Fajardo y la diplomacia de su época.*
- FUNCK-BRENTANO, Frantz: *Lutero.*
- GARCÍA MERCADAL, J.: *La segunda mujer del Rey Católico.* Barcelona, 1942.  
— *Carlos V - Francisco I.* Zaragoza, 1943.
- GIES MCGUIGAN: *Los Habsburgo.* Barcelona, 1970.
- GONZÁLEZ DE MENDOZA, Pedro: *El Concilio de Trento.* Buenos Aires, 1947.
- HACKETT, Francis: *Francisco I de Francia.* Barcelona, Buenos Aires, Madrid, s/f.
- IBARRA Y RODRÍGUEZ: *La Reforma.* Barcelona, 1918.
- LAFUENTE, Modesto: *Historia General de España.* Barcelona, 1889.
- MANEGAT, Luis G.: *La Barcelona de Cervantes.*
- MANRIQUE DE LARA Y VELASCO, Manuel: *Aquisgrán, capital nobiliaria de la nobleza europea.* HIDALGUÍA, 1983.  
— *El Niño Jesús de Praga, un apellido español y una genealogía real.*  
Homenaje a Vicente Cadenas por el 25 aniversario de HIDALGUÍA.
- MARAÑÓN POSADILLO, Gregorio: *Antonio Pérez.* Madrid, 1969.
- MARIANA, Padre: *Historia General de España.* Madrid, 1852.



- MAUROIS, André: *Historia de Francia*. Barcelona, 1947.
- MAZARIO COLETO, M.<sup>a</sup> del Carmen: *Isabel de Portugal, Emperatriz y Reina de España*.  
— *Cuando España vivía unida al Imperio*. Madrid.
- MENENDEZ PIDAL, Ramón: *La idea imperial de Carlos V*.  
— *Historia de España bajo su dirección*. Espasa Calpe.
- MEXIA, Pedro: *Crónica del Emperador Carlos V*. (Estudio de Juan de Mata Carriazo). Espasa Calpe. Madrid.
- MONTAÑEZ MATILLA, María: *El correo en la España de los Austrias*. Madrid, 1953.
- MOREAU, E. de S. J.: *Historia de la Iglesia*. Barcelona, 1959.
- NEUSS WILHELM: *La Iglesia en la Edad Moderna y en la actualidad*. Madrid, 1966. Tomo IV.
- SANDOVAL, Fray Prudencio: *Historia de la vida y hechos del Emperador Carlos V*. Madrid, 1956.
- PFANDL, Ludwig: *Juana la Loca*. Madrid, Austral.
- RODRIGUEZ RASO, Rafaela: *La contienda Maximiliano-Felipe en la sucesión imperial de Carlos V*.  
— *Maximiliano de Austria, Gobernador de Carlos V en España*. Madrid.
- SANTA CRUZ, Alonso: *Crónica del Emperador Carlos V*. Madrid, 1922. Tomo III.
- SCHWARZENFELD, Gertrude von: *Carlos V, padre de Europa*.
- TEVOR DAWIES, R.: *El gran siglo de España (1501-1621)*. Madrid.
- VITAL, Lorenzo: *Relación del primer viaje de Carlos V a España*. Madrid, 1958.
- WYN DHAM LEWIS: *Carlos de Europa, Emperador de Occidente*. Madrid. Austral.
- XAVIER, Adro: *El Duque de Gandía*. Madrid.



INSTITUTO MALAZAR Y CASTRO

VICENTE DE CADENAS Y VICENT

## DOS AÑOS EN LA VIDA DEL EMPERADOR CARLOS V (1546-1547)

VISTOS POR LOS ENBAJADORES VENECIOS,  
POR SUS ATRIBUIDAS «MEMORIAS», Y LA BATALLA  
DE MÜHLBERG POR SUS PROPIOS ESCRITOS

*[Faint, illegible text from the book's pages, appearing as bleed-through or ghosting.]*

MASVED  
Hidalgo  
1968